

Un teatro

en el paraíso

Valeria Varas

*Antropóloga y diseñadora gráfica, chilena–costarricense.
Instituto Nacional de las Mujeres-INAMU, Costa Rica.
valeriavaras@yahoo.com*

RECIBIDO: 30-03-10 • APROBADO 07-04-10

*¿Dónde te encuentras?
¿Fuera del mundo,
dentro del mundo,
en medio de las nubes
o en medio de las sombras?...*

Poema Quechua

*“Cielos, si es verdad que sueño,
suspendedme la memoria,
que no es posible que quepan
en un sueño tantas cosas”.*

Pedro Calderón de la Barca

Esta obra fue estrenada amaneciendo un día cualquiera, dentro de un sueño. Esa mañana me desperté llorando con el impacto de los aplausos de mis propias sombras. Fue una presentación sencilla pero emocionante, la gente me pedía que subiera al escenario, yo no podía hablar por la emoción de ver parte de mis propios dolores representados. Me desperté por el llanto inconsolable y escribí “Un teatro en el Paraíso”, tratando de que no se me escapara nuevamente el recuerdo.

Valeria Varas

Ilustraciones de Alberto Saavedra Varas

Nació en 1977, en Santiago de Chile, Arquitecto de profesión ha hecho del dibujo una constante en su vida como fuente para la creación artística. En 2007, en conjunto con el Taller Vuelo de Pájaro realiza su única muestra “Grabados” en la ciudad de La Serena, Chile. Su trabajo ilustra el poemario “Memoria en mí”, de Valeria Varas (Uruk Editoriales, Costa Rica, 2010).

Personajes

Mujer indígena: aproximadamente 40 años, vestida con ropa tradicional.

Susana: muchacha muy joven, asistente ejecutiva de la Compañía.

Paulina: mujer de 37 años, de porte elegante y muy moderno.

Teresa: 50 años, bella pero algo apagada por los años y las huellas de dolor.

Silvia: aproximadamente de 37 años.

Carlos: 38 años.

Isabel: mujer de 60 años aproximadamente, amistosa y con apariencia de ama de casa.

Rodrigo: aproximadamente de 36 años.

Militar 1: entre 18 y 20 años.

Militar 2: entre 18 y 20 años.

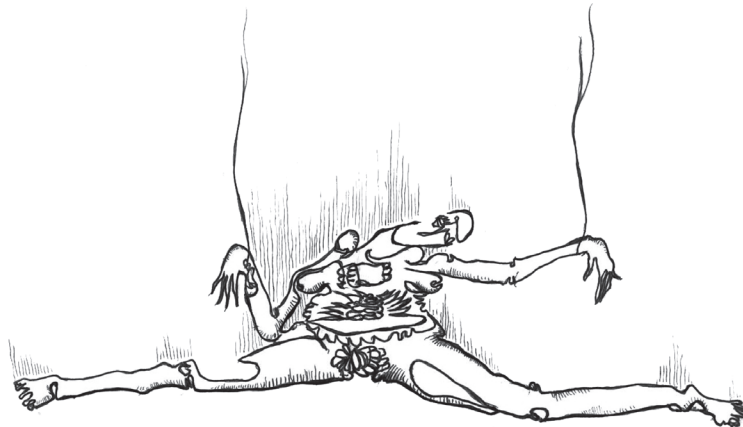
Flaquita: joven de 14 años, quien siempre mece a una bebé imaginaria.

Pato: hombre de aproximadamente 39 años.

Iván: (voz de joven).

Juez: (voz).

Tribunal: (coro usando los mismos actores).



Acto único

Se ilumina lentamente el escenario y, poco a poco, se comienza a oír ruido de mar, de gaviotas y de niños jugando en la playa. Se ve un salón amplio, de paredes altas y limpias, sin más decoración que varios afiches de teatro y dos ventanales enormes ubicados al fondo, los cuales abarcan dos pisos y alumbran la escalera e insinúan la existencia de otro nivel superior. Los marcos de los ventanales están finamente adornados, dando la impresión de una casa antigua, señorial, pero sombría.

En una esquina del salón hay una mesa alegremente dispuesta para una recepción, con bocadillos, vasos, bebidas; las sillas están desordenadas. Todo arreglado de manera informal, esperando a los invitados.

Aparte, en una esquina del escenario, hay una mujer indígena; está sentada en el suelo. En frente de ella, tiene una pequeña paila de metal en la cual quema maderas perfumadas e impregnadas de cera. A su alrededor tiene encendidas candelas; en sus manos sostiene yerbas, las cuales mueve por los cuatro puntos cardinales, a veces las levanta al cielo, otras se las pasa por el cuerpo, a ratos solamente se queda inclinada orando, murmurando palabras, susurrando plegarias, con un terrible dolor en sus gestos. Ella está llamando a su sombra, la cual se refleja en una de las paredes.

A lo lejos se escucha bulla de muchedumbre que celebra en las calles; el país acaba de salir de una cruenta dictadura de 17 años, en manos de un ejército cruel y sanguinario. La democracia tan soñada llegó y, por lo tanto, la represión toca a su fin. El nuevo gobierno llamó a la población a celebrar pacíficamente en las calles. Lentamente, el ruido se acerca y un grupo de cinco personas entra a la casona cantando, gritando consignas en favor de la paz, riendo. Vienen con banderas de colores con símbolos teatrales y una pequeña manta que dice: "Nueva Compañía Nacional de Teatro".

Cuando entran, miran a la indígena y luego se olvidan de ella.

Teresa:

¡Uf, qué cansada estoy! ¡Qué concentración!

Carlos:

Sí, ¡Qué buena marcha!

Silvia:

Sí, qué buena. Me hacía falta algo así.

Teresa:

Como en nuestros viejos tiempos. ¡Qué bien que me siento!

Silvia:

¡Pero qué calor!, a mí ya se me había olvidado cómo era el clima acá en estos meses.

¡Hey!, ¿y dónde dejo esta manta?

Paulina:

Déjala ahí Silvia, junto a la puerta.

Silvia:

¿Por acá?

Paulina:

Sí, ahí está bien, y ven para verte un poco más de cerca. En la marcha no pude saludarte.

(Silvia se acerca, se abrazan).

¡Qué bien que estás!

Silvia:

Gracias, Paulina, tú igual estás estupenda.

Paulina:

¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

Carlos:

(Se mete en la conversación).

Fue hace como dos años, cuando fuiste a Francia. ¿Recuerdas?

Silvia:

Es cierto... y Paulina siempre se mantiene igual, estupenda.

Carlos:

Las dos se ven muy bien. ¡Qué cumplido, ah!

(Le pasa una mano por la cintura a Silvia).

Qué buen regreso al país ¿verdad mi amor?

Silvia:

¡Increíble!

Teresa:

Y qué bonito que nos coincidiera esta marcha con la celebración de la toma del nuevo gobierno democrático, justo antes de nuestra reunión.

Silvia:

¿Verdad?, yo nunca creí que volvería a vivir esto, regresar al país y celebrar esta fiesta y reintegrarnos al teatro, en nuestra tierra. O sea, que se nos diera todo en un solo día.

Carlos:

¡Qué rico todo esto!, ¡es como si fuera de mentira!, parece un sueño.

Silvia:

Es cierto. Carlos, hay que reconocer que cuando estábamos exiliados en Europa ni pensábamos que regresaríamos así.

Teresa:

Por la puerta grande.

Carlos:

Sí, y del teatro.

Teresa:

Es fabuloso. ¿Y vieron en la marcha?, había hasta grupos universitarios bailando y...

Silvia:

(La interrumpe) Pero a mí lo que me llamó la atención fueron las comparsas, antes acá no se daba eso de que bailaran en las marchas políticas y...

Carlos:

Y para qué decir las consignas, yo no me sabía ni una.

Teresa:

Claro, todas son diferentes a las que gritábamos nosotros en esa época.

Carlos:

Por ejemplo, ya nadie dice (*canta*): "El pueblo, unido, jamás será vencido".

(Todos y todas se ríen).

Teresa:

O esa otra que dice: (*canta una canción política de hace 17 años que todas y todos conocen*).

Carlos, Silvia y Teresa juntos:

(Terminan tarareando la canción).

Silvia:

¡Qué lindo!, ¡qué lindo!, ¡linda época!

Paulina:

Ahora los jóvenes ni saben esos cantos, porque, en el día a día, en sus protestas las consignas cambian. Son otros tiempos.

Carlos:

Sí, es cierto, son otros tiempos.

Teresa:

¡Por supuesto!, si han pasado diecisiete años; ya es otra historia, otra época, otras generaciones.

Silvia:

Todo es diferente, hasta en lo cotidiano.

Carlos:

Hablando de lo cotidiano, vieran los problemas que tuvimos para alquilar un departamento,

los trámites para poner teléfono, cable, todo eso. Ahí se ve que ahora todo es diferente.

Teresa:

¿Ya encontraron dónde vivir?, qué dichosos, yo no he podido aún.

Carlos:

Sí, finalmente encontramos un lugar bonito.

Teresa:

¿Dónde queda?

Carlos:

Por la avenida Urrutia.

Teresa:

¡Ah!, cerca.

Silvia:

Sí y es bonito y queda a pocas cuadras del colegio de nuestro hijo.

(Paulina ha estado junto a Susana, organizando los lugares para sentarse y cuando termina convoca a la reunión).

Paulina:

Por favor, amigo y amigas, empecemos la reunión y después seguimos hablando hasta que nos cansemos.

Susana:

¡Atención! Compañero y compañeras, atención por favor, hagamos un poco de silencio que vamos a empezar.

(Las personas comienzan a ubicarse en diferentes lugares, sin dejar de hablar. Paulina se queda de pie para dar comienzo a la reunión, está eufórica de felicidad, su proyecto soñado por largos años está a punto de iniciarse).

Silvia:

Carlos, amor, acá hay un asiento.

Carlos:

Ya voy.

Teresa:

Permiso

(corre una silla cerca de Silvia).

Silvia:

Sí, sí, pasa, no te preocupes.

Paulina:

Amigos, amigas, colegas, muy buenas noches. En primer lugar, gracias a todos y a todas por responder al llamado para crear la Nueva Compañía Nacional de Teatro, después de diecisiete años de gobierno militar y represión.

(Aplausos generales).

Teresa, gracias; gracias por dejar todo en Inglaterra y estar acá. Yo sabía que vendrías y que me ayudarías a darle impulso a este proyecto tan soñado por las dos.

Carlos:

¡Eso, Teresa!, bravo *(aplaude).*

Teresa:

Amiga, no podía fallarte, ¡jamás! *(aplaude).*

Paulina:

Carlos y Silvia, ustedes también dejaron trabajos muy interesantes y, por supuesto, igualmente tengo que agradecerles que abandonaran todo en Europa por venir a este proyecto.

Silvia:

El gustazo ha sido nuestro, Paulina *(aplaude).*

Carlos:

Ya nos sentimos como si nunca nos hubiéramos ido.

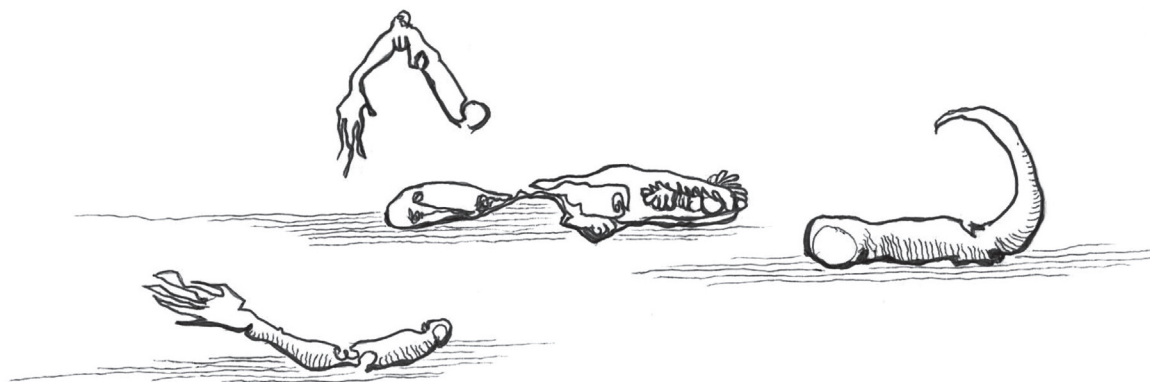
(Mira a su alrededor).

Pero, ¿sabes? tengo una sensación muy extraña. Desde que entré se lo dije a Silvia, siento como si ya hubiéramos estado en este lugar.

(En ese instante interrumpe Isabel).

Isabel:

Veo que no me equivoqué de dirección, acá es la reunión.



Todos:

¡Isabel! ¡Eh! ¡Eh!

Isabel:

¡No puedo creerlo! Todos juntos nuevamente.

(Todos y todas la abrazan).

Silvia:

¡Qué bueno verte!

Teresa:

Te estaba esperando, sabía que no podías dejar de venir. Mira, acá hay un lugar *(Le muestra una silla junto a ella).*

Isabel:

Gracias, gracias, ya voy.

Carlos:

Isabel, ¿cuándo llegaste al país?

Isabel:

Apenas pude. No me esperé ni un minuto más, ni un minuto menos.

(Risas).

Silvia:

Y llegaste a la reunión justo, apenas empezábamos.

Teresa:

Sí, no llevamos ni cinco minutos.

Isabel:

¡Qué bueno!, estaba perdida con la locomoción.

Paulina:

Compañero, compañeras, disculpen, ¿podemos hacer un poco de silencio?

Carlos:

Cierto, callémonos.

Paulina:

Gracias. Antes de seguir quiero decirle a Isabel que estoy feliz de que haya venido. Amiga, esto sin ti no sería lo mismo.

Isabel:

Paulina, en cuanto recibí tu carta para invitarme a venir, arreglé mis cosas y aquí estoy, vuelvo del exilio para trabajar contigo y con el grupo.

(Mira el lugar y hace un gesto como de tener frío).

Oye, qué lugar más frío es este. *(Pausa).*

(Se comienza a oír ruido de mar y de gaviotas en la playa. Se miran con incomodidad por la opinión de la recién llegada y observan su entorno).

Paulina:

Tienes razón Isabel, no es un lugar muy cálido, pero... les tengo una sorpresa que los hará cambiar de opinión.

Isabel:

Así lo espero hija, ya que a mi edad pienso más en las comodidades que en otra cosa; mis huesos ya no soportan el frío como antes, cuando hacía clases en la Escuela de Teatro. ¿Te acuerdas?, ¡qué tiempos!

Silvia:

Maravillosos, y ni sabíamos que éramos felices.

Teresa:

(Reafirma con convicción). Hicimos historia en el teatro del país.

Carlos:

(Reafirma con convicción). Fue toda una época y juntos haremos que lo vuelva a ser.

Paulina:

Sí, claro, pero ¿saben quién falta de nuestro grupo? Rodrigo, ¿se acuerdan de él?

Teresa:

¿De Rodrigo? Cómo no lo vamos a recordar, si estuvimos exiliados juntos en Londres, siempre nos veíamos. Conozco también a su ex esposa y a sus hijas.

Paulina:

¿Se divorció?, no lo sabía... *(Pausa).*

(Se queda pensando, mira la hora y con gesto nervioso continúa).

Bueno, ya se está haciendo tarde y tal vez no venga, sigamos la reunión. Hay bastante que conversar sobre los proyectos.

(Decepcionada por la ausencia de Rodrigo).

Volviendo al tema, quisiéramos con Susana, mi asistente, darles la bienvenida y agradecerles por haber respondido al llamado que les hemos hecho.

Isabel:

(Sin sentarse, se mueve de un lugar a otro e interrumpe).

Perdonen lo insistente que soy, pero este no es un lugar para una vieja como yo, ¿ustedes no lo sienten como helado?, no sé..., como gélido.

Teresa:

Cálmate mujer, todavía no empezamos a hacer teatro.

(Risas).

Isabel:

Acá conozco a todos, excepto a la señorita *(apunta a Susana)*, que parece ser tu asistente, pero...

(Refiriéndose a la indígena).

¿Y esa mujer? ¿Quién es? ¿qué hace en ese rincón? No es actriz, ¿verdad? O es...

Paulina:

Perdón, tengo que explicarte sobre ella. Cuando nos juntamos para irnos al desfile, ella entró y me pidió permiso para quedarse a hacer una ceremonia, para llamar a su sombra que se le quedó aquí y debe recuperarla para poder seguir viviendo.

(Risas generales).

Compañero..., compañeras... yo la autoricé a quedarse, me pareció que debía respetar sus creencias. Se ve que esto es importante para ella. ¿No les parece también a ustedes?

Isabel:

Mientras no nos ahogue con todos esos humos raros.

Paulina:

Dice que estará solo un momento y la verdad es que no le hace daño a nadie.

Teresa:

Sí, y no molesta.

Carlos:

La señora es buena gente, dejémosla tranquila.

Paulina:

Bueno, sigamos con el tema. A ver si me concentro. Se trata de lo siguiente.

El Ministerio de Cultura reabierto, después de tantos años cerrado... ya sabemos por qué, quiere volver a formar una Compañía de Teatro; y como ya saben, he tenido el honor de haber sido nombrada Directora General de la Nueva Compañía Nacional de Teatro.

(Aplausos y mucha alegría reflejada en los rostros).

Teresa:

Te felicito, me parece una excelente elección.

Silvia:

Sí, sí, felicidades, qué bueno, te lo mereces.

Carlos:

Además eres la persona ideal.

Isabel:

Merde, merde, suerte, suerte Paulina.

Paulina:

Gracias, gracias. Acepté el cargo y que conste, solo porque me dieron la completa libertad de elegir a la planta de actores y actrices y a decidir sobre el repertorio, que son dos cosas muy importantes (*aplausos*). El nombramiento de cada uno de ustedes lo he realizado, como ya les dije, por su trayectoria, méritos pero, también, por lo que hemos compartido.

(Se produce un murmullo general).

Isabel:

¡Créenos! para nosotros ha sido una sorpresa volver a encontrarnos.

Carlos:

Un sorpresón.

Silvia:

¡Y qué cosas compartimos!

(Se oye un ruido y entra Rodrigo, su presencia despierta el interés y simpatía de las personas presentes).

Rodrigo:

Hola, hola. Perdón..., veo que llegué bien, acá es la reunión ¿verdad? Y disculpen la interrupción y la demora.

Teresa:

Hola, cariño, usted no tiene que pedir perdón y disculpa de nada, vea bien y se dará cuenta que está entre puros conocidos.

Rodrigo:

Vaya, vaya, ¿es cierto?, pero..., ¿qué es esto? ¿Una reunión de veteranos de guerra o algo parecido?

(Rodrigo da la mano y saluda de manera rápida y cálida, toma asiento frente a Paulina, se cruza de brazos y le sonríe).

Paulina:

Bienvenido, Rodrigo.

Rodrigo:

Hola Paulina.

(Se miran, se hace un breve silencio, todos los observan).

Paulina:

Hola (*nerviosa*). ¿Continuamos?, y luego seguimos con los saludos.

Todos:
¡Síii!

Paulina:

Rodrigo, estaba explicándoles que con la formación de la compañía teatral, con nuestra experiencia y trayectoria, tenemos mucho que ofrecer en esta etapa que vive el país, tanto en lo artístico como en lo político. Por eso, hemos elegido este edificio y no otro como sede.

(Dirigiéndose a su asistente).

Susana, les va a explicar cómo hemos distribuido los espacios.

Susana:

(Moviéndose por el salón).

(Suavemente comienza el ruido de mar y de gaviotas en la playa, el cual se apaga cuando se indique).

Está bien, verán... esto se va a transformar completamente. Aquí en donde estamos en este momento, será el teatro de la Compañía; el lugar se acondicionará para instalar el escenario y los asientos para el público, o sea, tendremos nuestra propia salita de presentaciones, hasta que en los jardines se construya una sala mucho más amplia y cómoda.

(Aplausos y murmullos de aprobación).

El segundo piso, que es muy grande, se utilizará para oficinas, sala de ensayo y, también, para conferencias, clases, talleres, bodegas, según sean las necesidades que se vayan planteando. Quiero que sepan que el Ministerio insiste en que sea este el local y no otro...

Paulina:

(Interrumpe).

Hay una razón muy simple y esta es la "sorpresa" que les dije que tenía. Este lugar fue el que se ocupó en los años de la dictadura como casa de tortura y se le llamaba... "El Paraíso" y fue en donde estuvimos detenidos.

(Silencio tenso. Al comienzo las y los invitados se miran y no hallan qué decirse y empiezan a tratar de reconocer el lugar, extrañados, buscando pista).

(A partir de este momento, en la pared de fondo, ubicada junto a la indígena, se forman sombras las cuales pareciera que surgen de sus manos, con figuras que crecen y muestran gente sufriendo y siendo golpeadas para, finalmente, integrarse a un vídeo de la época de la represión y de la dictadura).

Teresa:

No puedo creerlo.

Carlos:

¡Jamás me habría dado cuenta!, tanto tiempo que estuvimos aquí y no lo había notado...

Todo está tan cambiado.

Rodrigo:

Perdona, perdona..., pero creo que esto es una locura.

(Isabel, en estado de choque, recorre el lugar, todos la miran asustados).

Isabel:

Mis huesos hija, mis huesos nunca me fallan, yo sabía que se resistirían a este maldito lugar cuando lo encontrara.

(El ruido de mar y de gaviotas baja lentamente).

(Isabel comienza a tocar las paredes, todo lo observa con profunda ira y lágrimas en los ojos. En ese momento, se levanta la mujer indígena y con lástima la sigue y le pasa hierbas por el cuerpo, modulando palabras que no se alcanzan a oír).

Juré dedicar lo último que me quedara de vida para hallar este lugar; recorrí por años la ciudad antes de irme, sobre todo cerca de la costa, buscando los ruidos de las gaviotas y de niños jugando; estas eran las únicas pistas que tenía, pero nunca me imaginé que fuera esta casa con ese jardín tan lindo en el frente.

(Hace un gesto de desconcierto, en ese momento la indígena comienza a soplarle el humo de la madera por el cuerpo. Isabel trata de alejarla, pero sigue hablando).

¿Saben? quería encontrarlo para descansar en paz y ahora... aparece Paulina, así, con esa indiferencia, esa tranquilidad, hasta con orgullo para decirnos que estamos en "El Paraíso" y que desea montar un teatro.

Un circo. ¡Eso es lo que quieres hacer! Un circo. Porque eso es lo que quieres.

Paulina:

Isabel, escucha primero..., escucha por favor.

Isabel:

Veo que el gobierno quiere tapar con putaditas como estas su incapacidad para enfrentar la verdad.

Todo lo que he escuchado estos días: olvido, democracia, transparencia, justicia. *(Con rabia)*

Voluntad para recibir denuncias para conocer la "verdad". Pero... qué mierda se puede hacer con esa verdad si ya se decretó una amnistía, si nadie puede hacer nada. Mentiras, puras mentiras.

(Se dirige al centro del grupo, coge el suéter de Teresa y otras cosas que encuentra, se los pone de diferentes maneras para representar su farsa, para lo cual también imposita la voz y actúa exageradamente).

Atención señoras y señores, Isabel La Vieja, la cien veces torturada y mil veces redimida en este lugar, que ha sido santificada con agua bendita por el Obispo, recitará para ustedes unas estrofas de amor, para demostrarles cómo el olvido y el perdón llegaron a su alma en este recinto sagrado, elegido por esta "Dama" aquí presente *(apunta a Paulina)*. ¡Cómo es posible que te dejes utilizar!

Paulina:

¡Ya basta!

Isabel:

¿Qué, no es verdad?

Paulina:

Hay que saber separar lo político de lo artístico, cada uno en su lugar. Ahora hay que sacar adelante este proyecto. Lo que te pido es que me dejes terminar de explicarte... y después tomas la decisión que quieras *(pausa)*. ¿Puedo?

Isabel:

Un momento, *mi'jita*. En este caso no me separe lo artístico de lo político, que ahí sí le va mal. Acá no se puede dejar de lado, por ejemplo, la desaparición del Pato, del Iván y de la Flaquita. Supongo que te acuerdas de ellos ¿verdad?

Paulina, el arte, la estética y la belleza obviamente se vieron afectados por esos hechos de terror.

Paulina:

Isabel, estás mezclando cosas.

Isabel:

Yo no mezclo nada, los hechos así se dieron y eso fue por cuestiones políticas.

(Dirigiéndose a la indígena quien ha seguido pasándole incienso cerca del cuerpo).

¿Y qué le pasa a esta mujer, que no me deja en paz? ¿le puedes decir, Paulina, que se largue? ¿o es parte también de tu montaje artístico?

Paulina:

Señora, por favor, ya le dimos suficiente permiso, por favor retírese ahora, que tenemos una reunión muy importante.

Indígena:

Ay, mamita, pues no puedo irme ahorita, mi sombra no quiere seguirme, porque está unida a la sombra de ustedes.

(Continúa purificando con sus hierbas a Isabel).

Paulina:

Bueno, pero no nos interrumpa y deje tranquila a la señora. Haga lo que tiene que hacer, sola.

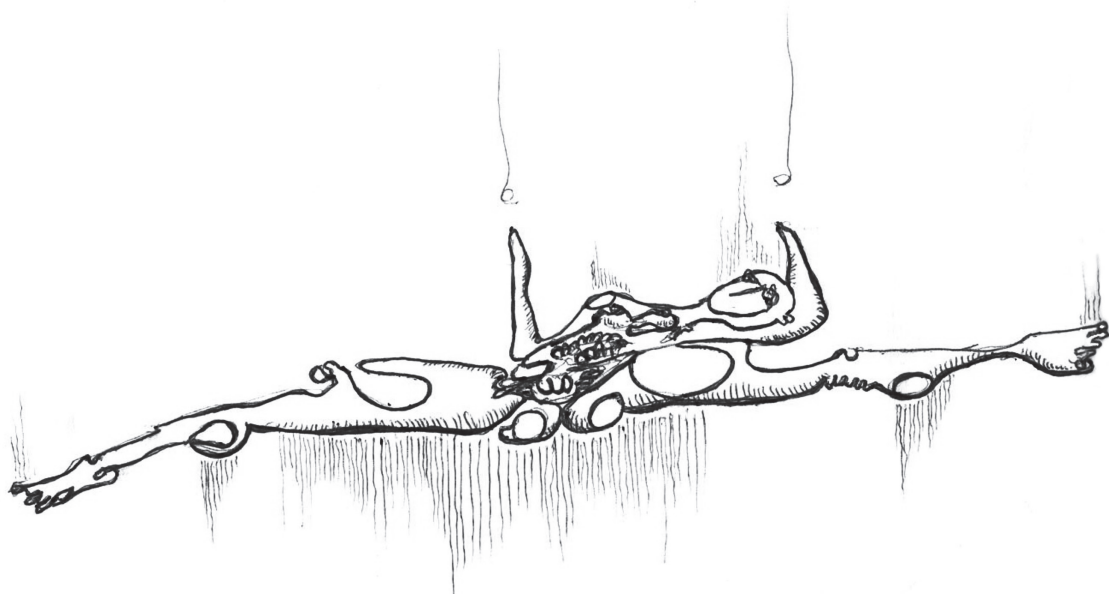
Carlos:

Bueno, bueno, sigamos con lo que estábamos, por favor.

Isabel:

Pero es que esta mujer no me deja con eso de la sombra. Señora, ya corte con el asuntito este.

(La empuja suavemente con la mano).



Carlos, te quiero decir que yo ya tengo algo muy claro. Teatro puedo hacer en cualquiera parte. Pero aquí, en El Paraíso, así como están las cosas, jamás.

No puedo quedarme un minuto más. No quiero oír más a Paulina con su genialidad de teatro artístico y apolítico. Yo me voy.

Indígena:

Mamita, no te vayas, y escúchame, por favor.

Los sufrimientos atroces separan la sombra del cuerpo.

Isabel:

¡Sombras! Lo que me faltaba, ahora no solo quieren que pierda la dignidad haciendo de payasa en el circo, sino que esta señora me dice que tampoco tengo sombra.

Indígena:

No te vayas, por favor, no te vayas, los necesito a todos, para purificarnos, para volver al día en que sucedió nuestra detención, para que nuestras sombras nos hablen y nos digan que ha llegado el momento de retirarse.

(Isabel parece no oír a nadie más, sale enojada. Le sigue un murmullo de despedida. La indígena hace un gesto de desesperación y se queda parada entre todos sin saber qué hacer).

Teresa:

¡Qué reunión más loca!, se nos aparece la señora indígena con la historia de la sombra y Paulina nos da la noticia de que este era el centro de tortura El Paraíso.

Amiga mía, tú sufriste mucho con nosotros en el lugar y debes tener algo importante para proponer. Yo sí te quiero oír, continúa por favor.

Paulina:

Sí, Tere, gracias por tu comprensión, vean, el gobierno le ha puesto especial atención al proyecto. Quiere que por medio de la cultura, todo el país entienda su interés en dar a conocer la historia verídica de lo sucedido durante la dictadura y de hacer de los centros de torturas, lugares en los cuales la sociedad recuerde a sus muertos. Y nosotros seremos los voceros.

Indígena:

(Espantada). ¡Pero antes tenemos que llevarnos nuestras sombras o nos volveremos todos locos... o moriremos!

Teresa:

Paulina, pero crees que nosotros... que la cultura, ¿qué...? No, no. Me parece raro que el gobierno tenga interés en hacer juicios. Isabel ya lo dijo, dejaron la misma Corte de Justicia que estuvo al servicio de los militares. La misma... la misma.

Paulina:

El gobierno está consciente de esas limitaciones, por eso, en la función de estreno de la Nueva Compañía de Teatro, se leerá un documento que denunciará y reconocerá públicamente las atrocidades que se cometieron. Ustedes saben que no puede hacerse más por ahora, hay que transar en algunas cosas, no se pueden dar nombres, ni hacer denuncias.

Indígena:

Hermanos, en el país aún muchos vagan buscando sus sombras. Sí, pues.

Paulina:

Todo vendrá a su tiempo, ahora estamos en la etapa de la reconciliación y del perdón.

Carlos:

Explícaselo a esta señora primero. La pobre no encontrará sombras para tranquilizarse si los militares siguen intocables.

Indígena:

¡Mi sombra y la de ustedes a su tiempo vendrán, debemos saber reconocer los signos primero!

Paulina:

Pero, ¿qué es lo que ustedes quieren para el país?, no los entiendo.

Rodrigo:

Lo que deseamos es algo muy simple, queremos un espacio para encontrar la verdad, para dar a conocer lo que aquí pasó y, así, al fin, encontrarnos con la justicia. El perdón más tarde.

En otras palabras, no queremos más años de miedo, hay que cortar está putada en algún momento.

(Se comienza a oír ruido de mar y de gaviotas en la playa).

Teresa:

Paulina, te voy a recordar algo. En los días que estuvimos detenidas acá juntas, una noche en que te traían de torturarte, te tiraron a mis pies. Cuando creí que te ibas a quebrar en mil pedazos por el dolor y la humillación, comenzaste a hablarme, a decirme que lo único que deseabas era vivir para poder escribir y representar una obra que contara la historia de los que quedamos.

Me dijiste: *“una obra en la que nombres a cada uno de estos cobardes para que el mundo, sus familias, el país se enteren de lo que hacían”*.

Paulina:

Y la haremos Teresa, la escribiremos, esa puede ser una de nuestras próximas tareas, pero las circunstancias han cambiado, no podemos ponernos de jueces, no podemos dar nombres de culpables, eso es muy delicado. Tenemos que lograr nuestras conquistas democráticas poco a poco, no destruyamos lo ganado, ha costado mucho, tantas luchas, tantas muertes. El Gordo, la Flaquita...

Teresa:

(Parece no oír a Paulina y sigue hablando como para sí misma, intranquila, moviéndose de un lugar a otro).

¿Sabes, Paulina?, esa noche yo también soñé con el día que haríamos esa obra.

En situaciones como las que vivimos, desgraciadamente las mujeres sufrimos el doble. Por eso las cosas no han sido fáciles para nosotras. Hubo días en que los recuerdos no me dejaron vivir y creí que hasta ahí llegaría, pero esperaba, me daba valor. ¿Y para qué?, ¿para esto? para que tú seas la primera que tenga miedo de denunciar, para que te comportes como una funcionaria más de gobierno y aceptas este sistema bajando la cabeza.

Paulina:

Tere, no digas eso, tú me conoces. Estoy también luchando...

Teresa:

Lo siento, Paulina, pero yo me voy también y no creas que he perdido las esperanzas, montaré mi obra porque, en algún lugar del mundo, existe ese teatro, pero este no es. Adiós, los dejo.

Indígena:

Espérense, tienen que creerme, no podemos dejar nuestras sombras sin oírlas y sin llevármolas o, si no, nos podemos morir todos de desesperación.

Quédese por favorcito. Mamita, por lo que más quiera, no nos deje.

Teresa:

Perdóneme señora, pero no puedo quedarme y... no entiendo lo que nos quiere decir.

(Teresa se va y Paulina no sabe primero qué hacer, quiere detenerla, pero luego se arrepiente. Se recupera y vuelve a ser la misma directora de la nueva Compañía Nacional de Teatro).

Paulina:

Lástima que ellas hayan tomado las cosas de esa manera, definitivamente hay gente a la que le cuesta reponerse, dejar el pasado y comenzar a vivir de nuevo.

Silvia:

(Irritada). La mayoría de quienes estuvimos detenidos injustamente en la dictadura, nos negamos a dejar el pasado tan fácilmente, Paulina.

Paulina:

Si uno es fuerte y desea seguir adelante, lo puede hacer. Yo lo he hecho. No necesito buscar a mis torturadores para juzgarlos, ya los he perdonado, lo único que quiero ahora es que se den las vías para una nueva democracia.

Silvia:

Paulina, esto es un asunto de justicia... Es la única capaz de aplacar el dolor cuando se cometen atrocidades. Sin la verdad y la justicia, no puede haber perdón.

Paulina:

Creo que fui clara y les expliqué cómo se harán las cosas. Ahora lo que tenemos que hacer es superar individualmente nuestras experiencias traumáticas.

Indígena:

Y hay que unirse a la sombra señora. ¡Créame!

Silvia:

(Dirigiéndose a Paulina, ya que todas y todos parecen querer ignorar a la indígena).

Paulina, yo no solo tengo un compromiso conmigo y con lo que me sucedió, sino que también con los compañeros y las compañeras de la Escuela de Teatro de la universidad y, especialmente, con Pato, el padre de mi hijo, que esos infelices desaparecieron. ¿Qué saco con superar las cosas yo, si ni él, ni la Flaquita, ni el Iván viven y no tienen a nadie que haga justicia por ellos?, ¿te das cuenta? solo a nosotros, que sabemos lo que pasó aquí y quiénes les hicieron daño.

Paulina:

No nos corresponde a nosotros buscar y denunciar a los torturadores.

Silvia:

¿Cómo que no?, ¿quién hablará por ellos, entonces?

Esto me comienza a repugnar. Lo siento mucho cariño, pero el tipo de teatro que quieres hacer tú, aquí, en El Paraíso, no va conmigo.

Carlos:

Espérame Silvia, yo también voy a dejar esto, pero antes quiero aclarar algo.

Paulina, creo que esta Compañía se puede formar. ¡Fantástico!, y este lugar puede llegar a ser una sala de teatro excelente, pero primero tenemos que conocer la verdad de los hechos, con nombres y detalles.

Lo siento, yo también me voy.

(Carlos le pasa un brazo por los hombros a Silvia y con dolor se alejan, dándole por última vez una mirada de repugnancia al local).

(La indígena se va a su rincón y comienza a recoger todos sus implementos ceremoniales, iniciando un canto que es un lamento sin palabras; los que quedan la observan).

Indígena:

Debemos llamar a nuestras sombras o seremos como un árbol sin savia. Avísenme cuando lo quieran hacer, yo estaré esperando, no tengo nada más que hacer... solo esperar a mi sombra.

Paulina:

Adiós, señora, y disculpe, pero para nosotros es muy difícil entender sus costumbres..., lo que usted dice.

Indígena:

Mi'jita, no es nada difícil de entender. Vea, con lo que nos hicieron, se separaron las sombras de nuestros cuerpos y ahora hay que recuperarlas.

Rodrigo:

¿Y cómo se hace eso?

Indígena:

Volviendo al lugar del sufrimiento, o sea, acá. Pero esta vez hay que traer la luz.

Rodrigo:

¿Y cuál luz?

Indígena:

La de la verdad hijo, la de la verdad.

Rodrigo:

Bueno... pero creo que por ahora eso será difícil, le recomiendo que mejor regrese a su comunidad.

Indígena:

Pero yo no perderé las esperanzas aunque me vaya. No podemos vivir sin sombras.

Adiós, hermanito.

(Se aleja con el paso cansado).

Adiós, señora.

Uf, ¡Qué día más difícil!, ¡qué montón de cosas en tan poco tiempo!



(Mientras tanto, Susana se ha aislado en un rincón, tiene los ojos rojos y le corren lágrimas por las mejillas; Rodrigo se da cuenta y se le acerca).

¿Señorita, se siente mal?

Paulina:

¿Qué pasa Susana?

Susana:

Disculpen, me he sentido toda la reunión muy mal, y no sé realmente por qué. Debe ser tensión.

Paulina:

Sí, y yo creo que tú tampoco esperabas esto, estabas muy ilusionada.

Susana:

Cuando ocurrió todo esto, yo tenía 3 ó 4 años apenas y recuerdo a mi madre llorar y sigue llorando por un hermano desaparecido. Murmuró y murmuró porque nunca pudo hablar ya que era peligroso. He soportado diecisiete años con mi madre llorando y murmurando por los rincones, jugando a que nadie la veía, y yo sin poder..., nunca le pude preguntar, solo una vez, solo de oídas, una vez, me enteré de lo que sucedió.

Hoy, viéndolos a ellos tan decididos a reclamar, cuando los oía con qué fuerza exigían hablar y ser escuchados, me han hecho llorar ¿sabe? Soy muy tonta ¿verdad?

Paulina:

¡No!, eso jamás.

Rodrigo:

¡Cómo se le ocurre! Todos en este país hemos vivido alguna situación parecida, ya sea por un familiar, un amigo o por nosotros mismos. La violencia nos afectó por parejo, no se

avergüence de llorar, más bien, hágalo, que le hará bien.

Susana:

Cierto, siempre he soñado con poder gritar y exigir verdades. Pero seguro que también lloro porque los otros se fueron y dejaron el proyecto en el que usted tiene tantas ilusiones.

No logro entender, no comprendo, porque me parece que todos tienen la razón, usted y ellos. Disculpenme, estoy tan confundida.

Paulina:

Susana, yo sé que esta situación nos ha puesto un poco tensas, ándate a tu casa y verás cómo mañana te sentirás mejor. Habla con tu madre, creo que ya es tiempo que sepas la verdad y que tú también tomes una decisión. No me sentiré ofendida cualquiera sea.

Susana:

Gracias, voy a seguir su consejo, voy a hablar con ella. Pero yo no la voy a dejar a usted ni al proyecto, el país tiene que seguir adelante por nosotros los jóvenes.

Paulina:

Sí, eso pienso yo también. Y verás como todo se solucionará, estos son tiempos de mucho pensar y volver atrás.

Descansa un poco.

Susana:

Gracias, señora Paulina, y adiós.

Rodrigo:

Hasta pronto, descanse y hable con su mamá.

Susana:

Sí, eso haré, hasta luego.

Paulina:

(Acompaña a Susana a la puerta).

Adiós.

(Paulina mira a Rodrigo).

Bienvenido, no tuve ocasión de saludarte, la reunión había comenzado y no podía detenerme, pero me alegro mucho de que estés aquí. ¿Cómo te ha ido en todo este tiempo?

Rodrigo:

Bueno, en mi vida ha habido de todo, momentos duros y momentos de grandes satisfacciones. Una de las cosas buenas que me ha pasado últimamente fue recibir tu carta para darme una oportunidad de regresar del exilio *(pausa)*. ¡Y al teatro!

Leí tu llamado y dejé las cosas arregladas lo mejor que pude, me vine y... acá estoy, más viejo, pero bien *(pausa)*.

Claro, que también... muy confundido, no esperaba esta "sorpresa", esta...locura... de montar un teatro aquí en "El Paraíso", con nosotros, así... sin que se nos haga justicia.

Paulina:

¿Cómo? Ahora la confundida soy yo, porque veo que tampoco apruebas la idea del teatro. No tuviste que esperar tanto para retirarte.

Rodrigo:

Es verdad, pude haberme ido con Teresa de una vez, pero necesitaba saludarte, hablarte Paulina. En fin, preguntarte cómo te ha ido, qué has hecho.

Paulina:

¿Solo por eso te quedaste?

Rodrigo:

Bueno, tú sabes, no fuiste solo una compañera más. Fuimos pareja Paulina, a pesar de que apenas salimos de aquí en libertad, huiste de mí y no logré, en 17 años, hablar contigo. Como si yo fuera responsable de lo que pasó.

Paulina:

Eso ya es pasado. Ahora me interesa tu definición con respecto al proyecto.

Rodrigo:

¿Sobre la Nueva Compañía Nacional de Teatro? ¿Eso es lo único que te interesa?

Está bien, te diré que me quedé porque creo que... Paulina, necesitas alguien con quien hablar un poco.

Paulina:

Un momento Rodrigo, un momento ¿qué estás diciendo?

Rodrigo:

Bueno... que no puedo creer que hayas cambiado tanto, que el miedo te haya paralizado de esta manera para no darte cuenta de lo que estás proponiendo en ese proyecto.

Paulina:

Mira, Rodrigo, yo lo único que necesitaba de ti era una definición con respecto a la Nueva Compañía de Teatro, pero ya me doy cuenta de tu posición. Además, no necesito la clase de ayuda que tú crees que me puedes dar y para que tú sepas, nunca te he culpado de nada, como me dijiste hace un rato. Aunque me hayan detenido por vivir contigo.

Rodrigo:

¡Ja! Seguramente yo provoqué a los militares y te mandé a detener.

Paulina:

Es lo mismo, fuiste tú el que anduvo gritando en las calles pidiéndole a la gente que se uniera contra ellos. Ahora, por favor, desaparece de mi vista. No sé en qué hora decidí llamarte.

Rodrigo:

Pobre Paulina...

Paulina:

¿Cómo que pobre?

Rodrigo:

Claro...

Paulina:

¡Claro que, qué!

Rodrigo:

Veo que en ti funcionó perfectamente el miedo que trataron de meternos a la fuerza.

Paulina:

Cállate de una vez, por tu culpa ya he sufrido demasiado. Creo que es mejor que te vayas. *(Se sienta).*

Rodrigo:

Solo quiero aclararte que...

Paulina:

No entiendes, no necesito que me aclares nada.

Rodrigo:

No importa, pero lo haré de todas formas. Quiero que entiendas que no he viajado de tan

lejos para quedarme callado; que jamás he querido hacerte daño.

Paulina, no me eres indiferente, no puedes serme indiferente. ¡Por Dios, Paulina, fuimos pareja! Por eso siento que debo ayudarte, por eso siento que debo estar a tu lado como amigo.

Paulina:

¡Déjame sola, por favor, ya!

Rodrigo:

(Pausa).

Está bien, si así lo quieres, también tengo que dejarte. Adiós.

(Ella no responde, le da la espalda. Rodrigo se aleja).

Paulina se queda sola en el salón, sentada, se recuesta sobre la mesa y esconde su cabeza entre los brazos, mientras las luces se apagan lentamente y un haz de luz cae sobre ella. Se ve muy cansada.

Después de unos instantes, sin levantarse, lentamente comienza a alzar sus hombros, torso y con los ojos cerrados echa la cabeza hacia atrás y con sus palmas mirando al vacío pareciera querer atrapar todo con su respiración. Da la impresión de estar en un profundo estado de meditación, trance o sueño.

Poco a poco, comienzan a oírse ruidos de camiones en la calle, gritos de gente, voces de mando y botas corriendo en la calle.

Paulina:

Pero... ¡qué pasa!

(Pausa) ¡Quiénes son!

(Pausa) No, no, no, no. Es un error *(Grito largo)*.

(Apagón). *(La escena que sigue se realiza a oscuras y las voces en grabación)*.

(A partir de ahora, los militares que se escuchan y salen a escena serán siempre los mismos).

Militar 1:

Paulina Hernández. Paulina Hernández. *(Voz en off y en reverberancia)*.

Militar 2:

Sabemos que se encuentra ahí, abra. *(Voz en off y en reverberancia)*.

Militar 1:

Abra o le volamos la puerta.

Paulina:

¡Pero qué es esto! Llamaré a la policía.

Militar 1:

No hace falta Paulina Hernández.

Militar 2:

Somos de la policía.

(Se escucha cómo, a fuerza de patadas, se rompe una puerta).

Paulina:

Déjenme, no me toquen, esto les costará caro.

(Ruido de persona golpeada y cayendo al suelo y de Paulina quejándose).

Militar 1:

(Carcajadas).

Militar 2:

Párate desgraciada.

Militar 1:

Ahora vamos a ver para qué sirves de verdad.

(Gritos de Paulina al ser golpeada).

Luz de día. Nos encontramos en la misma sala del comienzo de la obra. En el apagón se ha acondicionado el escenario, agregando una pared que divide la mitad del gran salón, dejando una puerta, por la cual, cuando está abierta, se ve la escalera que va al segundo piso. En el centro del salón, cuelga un bombillo improvisado. Las mismas paredes no tienen afiches, están sucias y oscuras. Poco a poco se comienza a oír el ruido del mar, de gaviotas y de niños jugando en la playa, ruido que se interrumpe por momentos con los gritos y llantos de gente en otros cuartos.

En la sala se encuentran 7 personas tiradas en el suelo, todos los hombres tienen los ojos vendados y las manos atadas en la espalda. Las y los detenidos son: Teresa, Isabel, Silvia, Rodrigo y Carlos, quienes lucen 17 años más jóvenes y están vestidos con ropa de la época, pero sucia y maltratada; además, están el Pato, un joven de 24 años, y la Flaquita, una muchachita de 14 años quien, en una esquina, mece a un bebé invisible. Un militar arroja a Paulina al suelo. El escenario está en penumbra por lo que no se pueden distinguir los rostros de las personas que están en el cuarto).

Paulina:

¡Oh, Dios!, qué dolor, no me puedo ni mover. Me duele todo.

¿Sabrá mi familia que estoy acá?

¿Sabrá mi hermana?

(Paulina muy golpeada se pone de pie y comienza a pasar la vista por el lugar y queda petrificada al ver el local y da un grito de pavor que contiene con sus manos).

¡El Paraíso!

(Se escucha un fuerte ruido de puerta y tranca abriéndose y entra gritando el Militar 1; su rostro no se ve pues lleva puesto un pañuelo sobre él. Va vestido con traje de fatiga).

Militar 1:

Paulina Hernández a interrogatorio.

Paulina:

Necesito a mi abogado.

Militar 1:

(Riéndose la interrumpe).

Putá, la güevona desubicada. Mejor dame el nombre y dirección del abogadito y te lo traigo para que te haga compañía, debe de saber mucho de ti.

Paulina:

Me niego a ir sin mi abogado.

Militar 1:

No se ande con güevas y venga al interrogatorio.

Paulina:

No iré a ningún interrogatorio, no tengo nada que decirle.

Militar 1:

No se preocupe *mi'jita*, acá tenemos métodos muy convincentes para hacerla hablar, va a ser un gusto empezar por los más suaaaves.

(Le comienza a pasar las manos, por los pechos y las nalgas).

Paulina grita y trata de darle una cachetada, pero el Militar 1 reacciona rápidamente, le detiene la mano y la golpea fuertemente en la cara).

Paulina:

¡Cerdo! si fueras un hombre de verdad no me harías esto.

Militar 1:

Ya me tiene cansado, usted acá no es nada y su vida y toda usted nos pertenece ¿No se ha dado cuenta? Nadie sabe ni siquiera en dónde está y si queremos nunca lo sabrán.

(La vuelve a golpear).

Paulina:

¡Poco hombre!

Militar 1:

Ahora va a ver qué es un hombre de verdad, no me va a decir que prefiere tipejos como esos *(apunta al grupo de prisioneros que están tendidos en el suelo)*, que con solo unos golpes ya están hechos mierda.

(Sigue manoseando a Paulina; esta trata de alejarse, grita y, debido al ruido, entra el Militar 2, también encapuchado y con traje de fatiga pero con un delantal blanco, como de médico, sobre el uniforme. Cogen del brazo a la mujer y se la llevan a la fuerza entre los dos).

(Apagón).

(Se oyen los gritos de Paulina a lo lejos).

Todo se vuelve silencio. Solo a lo lejos se oyen ruidos de gaviotas y de mar y otros efectos.

(Lentamente, se encienden las luces; es de día, pero en el lugar entra poca luz por la ventana. Ingresan dos militares y, sin decir palabras, tiran a Paulina al suelo).

Paulina:

(Con voz en "crescendo"). ¡Un temblor... un temblor!

(Gritando). Prendan las luces. ¡Socorro un temblor!

Quiero saber en dónde estoy, cuidado que se va a caer todo.

(Cuando Paulina decía lo anterior, se escuchaba el ruido de su cuerpo convulsionando contra el suelo).

Teresa:

¡Silencio! que los vas hacer venir nuevamente. No está temblando, eres tú la que convulsiona, seguro por tanta electricidad que te pusieron.

Paulina:

Tengo sed, dame agua.

Teresa:

No puedo, por la cantidad de voltaje que tienes en el cuerpo eso te mataría, ten paciencia, yo me voy a quedar a tu lado. Luego te sacarás la venda de los ojos, pero ahora es bueno que descanses de la luz.

(Teresa le canta suavemente para tranquilizarla).

*Si cada día cae...
Si cada día cae
dentro de cada noche
hay un pozo
donde la claridad está cerrada.*

*Hay que sentarse a la orilla
del pozo de la sombra
del pozo de la sombra
y pescar luz caída
con paciencia.*

¿Te gustó?, es un poema de Neruda que, de tanto repetirlo, terminé poniéndole música.

(Sigue tarareándolo. Paulina se comienza a tranquilizar y, poco a poco, se va sacando la venda de los ojos. Se sienta, mira a todos terriblemente confundida).

(Sube de intensidad la luz).

Paulina:

¿En dónde estamos?

Teresa:

Es obvio ¿verdad?

Paulina:

No, no lo es y quiero saberlo. Por un momento pensé que era El Paraíso, pero eso no puede ser.

(Nuevamente suena con fuerza el picaporte).

Militar 2:

Ana María, atención, venga que la necesitan, la van a llevar a dar un paseo, traiga a su hijita si quiere.

La Flaquita:

¿A mi chiquita?

Militar 2:

(Se burla). Sí, a su chiquitita.

(La Flaquita se para lentamente y como una madrecita-niña camina sonriendo a todos; dulcemente se despide con gestos amorosos y dementes, cantando la canción de cuna a un recién nacido que no existe).

Flaquita:

Arrurrú mi niña.
arrurrú mi amor.
Duérmete mi niña
de mi corazón.

(Paulina se va parando poco a poco y mira horrorizada a la muchacha en todo su trayecto, como si no pudiera creer lo que observa, pareciera que no le puede salir la voz. La Flaquita sale al fin).

Paulina:

¡Ana María! pero si es la Flaquita.

Teresa:

Ahora te vas recordando ¿verdad?

Paulina:

No podría olvidar esto jamás. No puede ser cierto que, después de tantos años, Ana María sea la misma, que no haya cambiado.

Militar 1:

(Una voz desde afuera de la puerta).

Silencio o viene a hacerle compañía en su paseíto. *(Carcajada).*

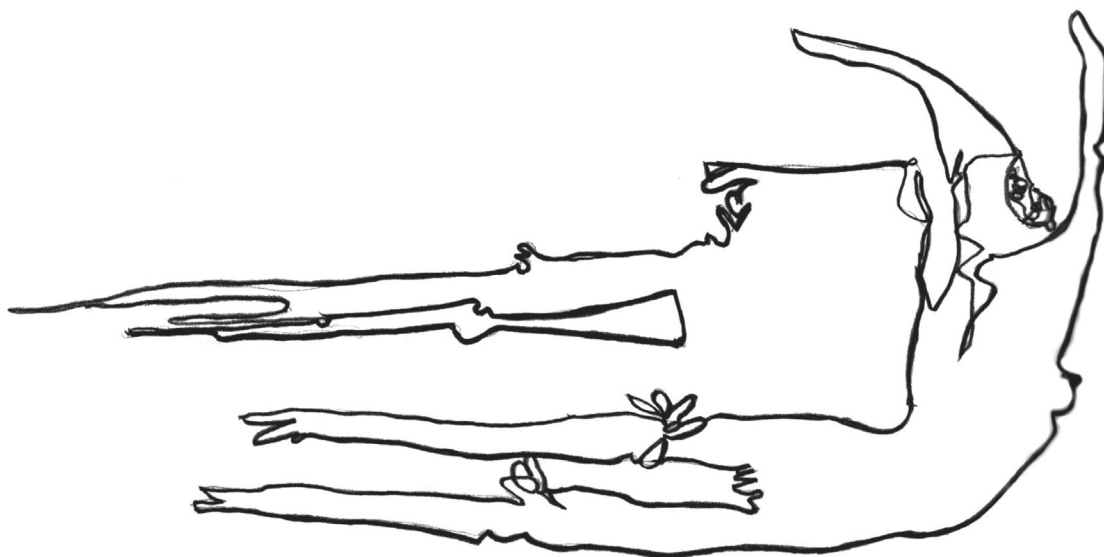
Teresa:

(Susurra) Cállate por favor, no los enojas y deja que se alejen un poco para hablar.

Paulina:

Es que no me puedo callar. Cómo no voy a recordar a la Flaquita, de 14 años, hija del dirigente obrero.

De tanta tortura y violación le nació una hija y se la quitaron. La destruyeron y así estuvo, loquita como 2 meses, hasta que decidieron hacerla desaparecer.



Ahí va ella a su último viaje. ¿Estoy también yo volviéndome loca?

(Isabel gira y muestra su rostro a Paulina).

Paulina:

Isabel, tú también estás en mi delirio.

Isabel:

Es cierto que ahí iba Ana María con su tornillito suelto, pero el que tú estés delirando es una buena salida para ti.

¡Ey! ¡Escuchen! Oigan a Paulina, dice que todo es pura imaginación. ¿Acaso este dolor que me lleva putas, ella me lo inventó?

(Uno por uno comienzan a darle la cara a Paulina, los que están vendados y amarrados son ayudados por las mujeres a subirse los pañuelos. Paulina comienza a retroceder y a tratar de despertarse, está desesperada. En el fondo de una de las paredes se comienzan a mover unas sombras).

Paulina:

¿Qué es esto?

Isabel:

Somos nosotros, ¿acaso no nos recuerdas?

Paulina:

Debo tranquilizarme, esto es un sueño trágico del que comenzaré dentro de poco a despertar y a salir de él; cuando abra los ojos será de día.

Isabel:

¿Es que estás ciega?, claro que es de día.

Paulina:

(No la escucha) Un día hermoso, con sol, me levantaré y llamaré a mis amigos para contarles de esta pesadilla que tuve y...

(Carcajada de todos los detenidos).

Silvia:

Amigos, tú no sabes lo que es eso.

Carlos:

Los amigos los tienes enterrados aquí, en estas paredes, entre nosotros.

(Carlos se mira con el resto, en un gesto de complicidad del cual Paulina queda afuera. En ese instante, del segundo piso se oye el ruido de una carrera, es el Iván, un muchacho quien grita desde la cornisa de la ventana).

Voz de Iván:

Chiquillos, vámonos de este mierdero; síganme, volemos con nuestras propias alas, antes de que esos miserables nos tiren desde los aviones.

Paulina:

(Gritándole, sin poder verlo).

¡Iván!, no hagas eso por favor.

(Paulina trata de correr hacia la puerta, pero los otros la detienen).

Carlos:

Paulina, no, no.

Teresa:

Tranquila, quédate quieta.

Isabel:

Cállate, no hay nada más que hacer.

(Se oye que Iván se sube a una cornisa y se lanza por ella. Luego se escucha el fuerte golpe de un cuerpo al caer y de los militares gritando. Suena una sirena).

Paulina:

¿Por qué no me dejaron? Iván no se recuperará de esta caída sobre el acantilado, así quedará para siempre, tal como cayó, tirado en medio de la playa.

¡Dios! no puedo evitar nada, todo se repite nuevamente.

Carlos:

(Con esfuerzo se comienza a levantar, ayudado de una pared).

Nunca has querido evitar nada, Paulina.

Isabel:

¿Y oíste lo que dijo recién? *(imitando a Paulina).*

“¿Por qué no me dejaron salvar a Iván!”.

Silvia:

Paulina, Iván cayó y caería de todas maneras, porque cuando esto sucedió, así fue. Eso ya no lo podremos cambiar jamás. Lo que sí se puede hacer hoy, es luchar para que se conozca la verdad.

Carlos:

Paulina, no somos ni tu sueño, ni tus fantasmas.

Paulina:

¿Son acaso sombras?, ¿sombras olvidadas?, como dijo la indígena.

Silvia:

Llámanos como quieras, los nombres no importan.

Paulina:

Pero, ¿de dónde vienen?

Carlos:

De donde el tiempo no existe, Paulina.

Silvia:

Del ayer que también es el presente, Paulina.

Carlos:

Venimos a recordarte lo que sufrimos y que el olvido no es real, Paulina.

Isabel:

Vinimos porque ya no recuerdas las tumbas de los muertos... Paulina.

Paulina:

¿Es cierto lo que oigo?, ¿es que me están culpando de algo?

¿Qué se creen para reclamarme nada!, ¿cada uno de ustedes está seguro de que ha sido realmente consecuente con su propia vida? Vaaaamos...

(Se dirige a Pato, que ha estado tirado en el suelo, observando callado, apoyado en Silvia, muy herido y maltratado por las torturas a las que ha sido sometido).

¿Sabes, Pato, toda la verdad? ¿O es que te la han ocultado?

Pato:

En este lugar, todo es tal cual fue y ha sido. ¿Qué me pueden ocultar?

Paulina:

Dentro de poco tiempo, si las cosas continúan como ahora, tú serás llevado de aquí a tu última sesión de tortura, la más macabra de todas.

Silvia:

(Acariciando a Pato y dándole alivio a sus heridas).

No te preocupes, él es el primero en estar consciente de lo que le pasará.

Sabe que luego lo arrojarán de un avión, atado a un riel, al vacío. Todo eso..., lo sabe.

Teresa:

No te preocupes Paulina, la historia ya es conocida.

Paulina:

(Paulina está furiosa, parece no oír).

Pato, pero hay algo que no sabes, ¡tu mujer luchadora se va al exilio!

Silvia:

Eso tampoco es nuevo para él.

Paulina:

Pero me dices a mí inconsecuente, ¿verdad?, que quiero crear mi felicidad sobre el dolor y sobre los cadáveres de todos ustedes.

Silvia:

Porque es cierto.

Paulina:

Sin embargo, tú, te fuiste a Europa, sin ni siquiera saber dónde estaba el cadáver de *Pato*, ni siquiera te interesó saberlo.

Silvia:

¡Jamás!, no inventes.

Paulina:

Es cierto, te metiste a una embajada y ya, hasta con beca a una universidad.

Silvia:

¡Cómo puedes...!

Paulina:

Pato, sin embargo, yo nunca he dejado de buscarte.

No me he resignado nunca a perder al único hermano que sin serlo, tuve.

Isabel:

Demuéstralo entonces, pidiendo que se sepa la verdad...

Paulina:

¡Cállate! Tú también te veteaste en el exilio, mientras yo lo recorría todo buscándolo.

(Mirando a Pato).

Aún hoy, cada día, cada noche que camino por la ciudad, te busco, amigo.

Una vez, hace 10 años, intenté hablar con Silvia para saber si tenía, en Europa, noticias tuyas y ¿sabes quién me contestó?, tu mejor amigo, tu compañero, Carlos. Me dijo que ni él, ni su esposa Silvia, habían vuelto a saber de ti.

Ya que me tratan de inconsecuente, ¿por qué no analizamos a esa pareja constituida por tu mujer Silvia y tu amigo Carlos, que te dieron por muerto rápidamente?

Pato:

(Hace notar su liderazgo frente al grupo).

¡Qué cabrona más grande!

Es triste lo que han hecho los militares con nosotros. Paulina, mírate por favor. Estás frente a los restos que quedan de mí y de Silvia, tus

amigos. Mírate lo cruel que te has convertido. ¿Pero tú no eras así, verdad?

Teresa:

Pato, pienso que Paulina no nos podrá entender. Vinimos a pedirle ayuda a la persona menos indicada; tiene mucho miedo. Vámonos, no vale la pena insistir.

Pato:

¡A la gran puta! sí vale la pena, en este lugar todo vale la pena, cualquier gesto, cualquier sonrisa o lágrima, vale la pena; por favor, no lo olviden.

Teresa:

(Con vergüenza, baja la cara).

Tienes razón.

Pato:

(Dirigiéndose con dolor y dulzura a Paulina).

¿Sabe, amiga? Mientras Silvia se mantuvo en el país, hizo todo lo posible por encontrarme. Varias veces peligró su vida y la de nuestro hijo y tuvo que exiliarse. Carlos, fue su gran apoyo.

Ahora, nuestro hijo, es el hijo de Carlos también. ¿Qué hay de inconsecuente en eso?

Paulina:

Yo solo lo quer...

Silvia:

Paulina, yo no abandoné a Pato por miedo, a nosotros nos separó la violencia que hacía la vida imposible. Porque tú, sí abandonaste a Rodrigo por miedo...

Carlos:

Lo dejaste tirado cuando más te necesitaba, te escondiste de él, yo lo recuerdo.

Paulina:

Un momento, no estamos hablando de Rodrigo en este momento...

Carlos:

Pero piénsalo, Paulina, y tendrás tiempo, porque acá estaremos hasta que se nos haga justicia.

(Se oye de repente un ruido de botas y entran dos militares gritando).

Militar 1:

¡Pato!, a interrogatorio.

Pato:

Acá voy nuevamente, adiós amigos. Y... Paulina no nos abandones.

(Paulina se aferra a Pato, da un aullido escalofriante y tratando de que los militares no se lo lleven. Estos con furia la empujan).

Paulina:

¡Nooooooooo!

Militar 2:

Te estás buscando problemas nuevamente, cabrona.

Paulina:

¡Baaasta! ¡Asesinos!

Por favor, ¡basta!

Lo juro por lo que más quiero, nunca más volverá a repetirse esta pesadilla, mientras esté

en mis manos evitarlo. Sean ustedes, sombras, espíritus del olvido o mi conciencia, no dejaré que vivan nuevamente tanto horror.

Esta crueldad no quedará impune. *(Dice estas últimas palabras muy lentamente y con determinación).*

(Repentinamente todo queda inmóvil, los gestos, los movimientos, menos Paulina. Esta observa y se da cuenta de lo que ocurre; recorrer el lugar, toca a Teresa, a Carlos, a Silvia; los remece, pero permanecen con los gestos y los movimientos petrificados. Vuelve donde Pato y lo abraza llorando. Todos parecen estatuas).

Dios mío, he logrado que no te lleven nuevamente, ahora tengo que ver qué hacer para que nada continúe. Ahora debo sacar fuerzas de lo que fui.

(Se agarra el pelo, mira para todos lados como pidiendo auxilio).

¡Oh, Dios!, si te atreves a entrar a este lugar, dame coraje.

(En un rincón, solitario, se encuentra tirado en el suelo Rodrigo, quien la mira con una cara de terrible desconsuelo; está lleno de heridas, moretes y golpes, y con la cabeza amarrada con un pañuelo).

¡Ay, Rodrigo! ¿tanto miedo tuve que nunca, hasta hoy, me he podido dar cuenta del estado en que te dejaban al torturarte?

(Se arrodilla y con un trozo de su vestido le va limpiando el sudor, las heridas).

Mira cómo te han puesto.

(A medida que recuerda, lo va tocando y acariciando con ternura. Le limpia los labios y mientras habla, se los besa suavemente).

¿Me buscaste? No me encontraste, ¿verdad? Me arranqué, creía que si seguía contigo, me volverían a atrapar. El tiempo hizo el resto, fui odiándote. Era miedo, puro miedo.

Solo ahora lo entiendo. Perdóname.

(La cremallera del pantalón de Rodrigo está abierta, se ve un calzoncillo rajado, Paulina arrodillada le acomoda la ropa y apoya su cabeza sobre su pelvis y lo acaricia tiernamente. Vuelven a pasar las sombras de la escena donde la mujer indígena hacía sus figuras en la pared. Esta vez aparecen sucesos ocurridos en época del gobierno militar, presentados en vídeo o en imágenes. Paulina comienza a mirar las imágenes, las cuales no son otra cosa que el regreso de su memoria. Se para lentamente. De esta manera, inicia una reflexión sobre los torturadores, para buscar entre estos pensamientos, una salida para todos y todas).

Los “grandes hombres” de este país, los defensores de la patria y de la libertad, se dedicaron, durante toda la dictadura, a atrapar a quienes no estaban de acuerdo con ellos, para mostrar su poder.

Esos mismos “servidores de la patria”, violaron mujeres detenidas, asesinaron a sangre fría y desaparecieron personas, incluso familias completas y, en eso, se gastaron el dinero del Estado).

(Camina y se dirige a los guardias que están rígidos como muñecos, los mueve y los pone frente al público. Dándose fuerza a sí misma, pues tiene mucho miedo, les saca el pañuelo que les

cubre la cara, las gorras y les rebusca en los pantalones su identidad, fotos, y otros documentos que los identifiquen. A medida que va hablando, se van apagando las luces lentamente, dejando solo iluminados a los dos militares y a Paulina).

Este es Pedro, el hijo de mi estilista, ella me había dicho que había encontrado un buen puesto con el gobierno militar, ¡nunca creí que fuera este!

(Mira su cédula de identidad) ¡Exacto!, Pedro Ureña, dirección: calle Simón Bolívar N.º 597. Y ahora, con los años, es un distinguido político burócrata.

A ver..., este otro. David Pérez, estado civil: casado. Acá tiene la foto con su hijita pequeña, quien ahora debe tener 18 años. No tiene ni idea de lo que el padre nos hacía.

Estos dos tienen mucho que decir, ya que conocen los nombres del resto del personal de El Paraíso.

(Mueve los puños como queriendo golpearlos, y les grita).

¡Canallas! ¡Canallas! ¡Malditos! Si estos putos ojos míos fueran cuchillas y estas palabras pólvora: ¡zaaaaz! Destruiría todo con solo un gesto. Pero yo no tengo el poder, ni a Dios le parece interesar lo que aquí pasa.

(Se dejan de pasar las imágenes de vídeo o fotos, En la semioscuridad se retira la pared divisoria, se baja un telón de un material que permita traslucir sombras como el teatro chino y que tapa la mitad posterior del escenario. Todo esto ha ido sucediendo mientras Paulina decía las palabras anteriores. Cuando ella ha finalizado, se han ubicado las y los actores tras el telón, sentados como en un tribunal,

pero solo se les distinguen las siluetas que parecen sombras, por medio de una luz indirecta).

Señor juez, vengo aquí porque quiero declarar e identificar a las personas que participaron en los actos de horror que sucedieron en "El Paraíso". Aquí tenemos dos representantes del ejército que torturaron y mataron en el lugar.

(En el momento en que ella termina de hablar, se produce un murmullo. También existe la presencia de un juez, del cual solo se oye su voz grabada en tono grave y omnipotente).

Voz de Juez:

Señora Paulina, testimonios como el suyo han tenido gran importancia para justificar la creación de este Tribunal Especial para Juzgar Crímenes contra la Humanidad. Continúe.

Paulina:

Señor Juez, son muchas las cosas que quisiera decir, especialmente de estos dos hombres y sus jefes, ya que cuando fui detenida, en todo momento ellos estuvieron presentes y saben lo que ahí pasó.

Ellos se metieron a mi casa y me despertaron con un arma en la cabeza, apenas vestida y cubierta con frazadas me tiraron a un camión que me llevó hasta la prisión clandestina "El Paraíso", ahí, en cuanto llegué, fui desnudada y expuesta a los demás guardias para que ...

(Hace una pausa para darse fuerzas y seguir hablando).

Me tocaron..., me tocaron. *(Silencio y pausa).*

Luego me aplicaron electricidad en todo el cuerpo, *(se le quiebra la voz y casi no puede*

hablar por el llanto contenido), en los senos y en la vagina. Otra vez, igualmente desnuda, me colgaron de los pies y ahí, como a un animal expuesto en una carnicería, me golpeaban. Y... cuando yo ya estaba sin fuerzas, por los golpes, me, me, me violaban (*rompe en sollozos*).

(Se hace un silencio profundo, una vez que Paulina ha recobrado la calma continúa hablando).

Yo los podría hasta reconocer ciega, pues con los ojos vendados, cuando abusaban de mí, supe distinguirles el olor a semen de cada uno de ellos.

(Paulina sigue hablando, con lágrimas en los ojos, haciendo grandes esfuerzos para contener el llanto).

Lo hacían mientras el resto de los guardias presenciaban todo.

Otro día, con la parte superior de mi cuerpo desnudo me amarraron y me tiraron al suelo, ahí me afirmaban para que ratas hambrientas me mordieran los pezones hasta rompérmelos y hacérmelos sangrar. Se reían y jactaban que eran técnicas aprendidas en bases militares norteamericanas en Panamá y en Uruguay.

Señor Juez, estuve por una milésima de segundo a punto de morir; ocurrió cuando uno de ellos, vestido de médico, para hacerme hablar, me hundió la cara dentro de un tanque de agua sucia. También mujeres soldados quemaban cigarrillos encendidos en mi cuerpo, el dolor era tal que sentía que no quería vivir más.

En dos ocasiones me aplicaron drogas intravenosas que me hacían perder completamente el conocimiento por 24 horas. Lo que me hayan realizado en esos momentos..... lo desconozco, por completo. (*Sollozos*).

Juez:

Gracias, señora Paulina, por sus declaraciones, son muy importantes. Pero..., si no puede seguir...

Paulina:

(Con energía lo interrumpe). Nooo, necesito decir algo más por hoy. Disculpe, pero es muy importante.

Quiero decirle por qué estoy acá. He venido porque creo que la verdad al fin me hace libre.

(Baja la luz y se concentra en Paulina).

Porque después de tanto sufrir, he entendido que la libertad es no tener más miedo a romper el silencio y recuperar mi palabra para pedir justicia.

...no quiero nunca más volver a dejar los pasos de mi sombra perdidos.

(APAGÓN)

